

TEXTOS

Benjamín Constant y el espíritu de conquista

Benjamín Henri Constant de Rebecque (1767-1830) está presente en el recuerdo del gran público, sobre todo, como autor de la novela *Adolfo* (1816) y por las vicisitudes de su vida sentimental, reveladoras de un temperamento inestable que contrasta con la acepción común del nombre que llevaba. Pero no menos que a la historia literaria y amorosa, pertenece el escritor suizo-francés a la historia política. Y ella, en la doble dimensión, teórica y práctica, de la política.

No es éste el lugar de evocar la actuación de Constant en la vida pública de su tiempo, en la que tampoco faltaron vaivenes e inconsecuencias. Bastará recordar que acompañó a Madame de Staël por Alemania e Italia en lo que fué verdadero destierro itinerante, quedando así integrado, aunque sin el temple de aquélla, en la resistencia europea frente a Napoleón y a su política expansionista. Y si ello no le impidió, durante los Cien Días, ser ministro del Gran Corso, a cuyo efímero nuevo régimen quería infundir espíritu liberal, tal reconciliación no fué obstáculo mayor, bajo la Restauración, al cabo de unos años, para su ulterior carrera de periodista y parlamentario.

Tampoco cabe insistir aquí en su ideario político. Pero importa señalar que se caracteriza tanto por su consistencia doctrinal cuanto por su permanencia. Benjamín Constant es un representante decidido del liberalismo político. Ve en la monarquía parlamentaria la mejor garantía de la libertad civil. Al igual que los doctrinarios en general, concibe el papel del monarca como el de un árbitro, y la ley (especialmente la constitución), como base de la actuación del poder, propugnando por otra parte la división de éste. Porque Constant no teme sólo el arbitrio del poder personal absoluto, sino también el despotismo colectivo de la multitud, lo cual explica su oposición a la democracia según Rousseau. En conjunto, acentúa indiscutiblemente, en el liberalismo, la nota individualista.

Acaso menos conocido sea otro aspecto de Constant, que precisamente en los textos que siguen se refleja: el relativo a la guerra y la paz. Su pensamiento en este punto está expuesto, en lapidario estilo, en el opúsculo *De l'esprit de conquête*, publicado en 1814 juntamente con otro ensayo, *De l'usur-*

pation. Con dicho escrito, ocupa Constant un lugar en la magna discusión que a lo largo de los siglos ha venido oponiendo a los panegiristas y a los detractores de la guerra en cuanto fenómeno social humano y de su papel histórico. Al enjuiciar sus términos, hay que pensar que iba dirigido contra Napoleón y su sistema de dominación imperial, cuando, en palabras de Constant, "el continente era un dilatado calabozo".

Como se verá, la perspectiva del publicista de Lausana en su análisis de la guerra, es predominantemente histórico-sociológico. De ahí su realismo, que le aleja del pacifismo utópico que infravalora la significación del fenómeno bélico en la vida de las colectividades humanas. Tanto es así, que subraya cabalmente el cambio producido en la función de la guerra con la evolución de estas colectividades. Como Saint-Simon y después Comte y Spencer, subraya Constant la contradicción entre la guerra y las condiciones de la nueva era industrial, aunque sin preguntarse si en ciertas condiciones la industria no puede a su vez actuar en el sentido de la guerra. En otros aspectos, recoge argumentaciones tradicionales, por ejemplo en lo que toca a la influencia de la guerra sobre la moralidad pública, pero dándoles peculiar relieve. Algunas observaciones sobre las causas de guerra invocadas (especialmente la relativa a las "fronteras naturales") son de una contundencia impresionante. No menos característica de su realismo es la distinción, en la que reiteradamente insiste, entre la guerra de legítima defensa y el patriotismo que es su ley, y la guerra de conquista que implica por el contrario su negación. También merece destacarse lo que dice de la centralización, inherente a los imperialismos modernos (en cierto sentido, responde a la misma raíz que el espíritu de conquista), con sus funestos efectos niveladores. Aquí, como en la apología de los pequeños Estados (en la línea doctrinal de Montesquieu y Rousseau, de Justus Moeser y Heeren, de Sismondi y Jacobo Burckhardt entre otros, antes y después), se revela la experiencia política del mundo helvético y en general del centroeuropeo, que tan directamente conocía Constant.

Porque si al principio aludimos a su actividad política en Francia, conviene, para perfilar con exactitud mayor a Constant, añadir que si bien estuvo más íntimamente vinculado a Suiza y a Francia, fué por su formación y vocación, un europeo. Descendiente de hugonotes emigrados, había estudiado en Oxford, Erlangen, Edimburgo y París, y antes de ser miembro del Tribunado de Napoleón (del que en 1802 salió por su crítica de los métodos de éste), había estado al servicio del Duque Fernando de Brunswick.

De europeo puede finalmente calificarse el eco del opúsculo sobre el espíritu de conquista, pues fué publicado sucesivamente, en 1814, en Hannover, Londres y París, habiendo sido reeditado después con frecuencia. Las dos guerras mundiales de nuestro siglo, y especialmente el período agitado cuyo centro ocupa la segunda, de tan honda crisis política e institucional así en el ámbito interno de los Estados como en el internacional, le han dado renovada actualidad. Son prueba de ésta, en particular, las reediciones de París en 1918 y de Neuchâtel en 1942, así como la traducción alemana de H. Zbinden (Berna, 1942).

DEL PREAMBULO

Hay cosas que en determinada época son posibles, y ya no lo son en otra. Esta parece una verdad trivial: y si bien es cierto que a menudo se prescinde de ella, esto no se hace nunca sin peligro.

Cuando los hombres que disponen del destino de la tierra yerran acerca de lo que es posible, el daño es grande. Entonces la experiencia, lejos de serles útil, les perjudica y extravía. Leen la historia, viendo lo que antes se hizo: no consideran si ello puede hacerse todavía: toman en sus manos palancas rotas: su obstinación, o, si se quiere, su genio, da a sus esfuerzos un éxito efímero; pero hallándose, como se hallan, en pugna con las disposiciones, los intereses, toda la existencia moral de sus contemporáneos, estas fuerzas de resistencia reaccionan contra ellos; y al cabo de algún tiempo, muy largo para sus víctimas, muy corto si se considera históricamente, sólo quedan de sus empresas los crímenes que cometieron y los sufrimientos que causaron.

La duración de un poder cualquiera depende de la adecuación que existe entre su espíritu y su época. Cada siglo espera de algún modo a un hombre que actúe de representante suyo. Cuando este representante se manifiesta, o parece manifestarse, se agrupan en torno a él todas las fuerzas del momento. Si representa fielmente el espíritu general, el éxito es infalible. Si se desvía, el éxito se hace dudoso; si persiste en una vía falsa, el asentimiento que constituía su poder le abandona, y el poder se derrumba.

¡Desdichados, pues, aquellos que, creyéndose invencibles, echan el guante a la especie humana y pretenden, sirviéndose de ella, ya que no tienen otro instrumento, producir trastornos que ella desaprueba y milagros que ella no quiere!

DE LAS VIRTUDES COMPATIBLES CON LA GUERRA EN CIERTAS EPOCAS DEL ESTADO SOCIAL (Cap. I)

Algunos autores, arrastrados por el amor de la humanidad a laudables exageraciones, han considerado la guerra únicamente en sus aspectos funestos. Yo reconozco de buena gana sus ventajas.

No es verdad que la guerra sea siempre un mal. En ciertas épocas de la especie humana, la guerra radica en la naturaleza del hombre. Favorece entonces el desarrollo de sus facultades más hermosas y más altas. Le abre un tesoro de preciosos goces. Le prepara para la magnanimidad, la destreza, la sangre fría, el valor, el desprecio de la muerte, sin el cual no podrá nadie responder ante sí mismo de que no vaya a cometer todas las cobardías y pronto todos los crímenes. La guerra enseña al hombre actos de desprendimiento heroicos y le hace contraer amistades sublimes. Le une con vínculos más estrechos, de una parte, con su patria, y de otra, con sus compañeros de armas. Por obra de ella, siguen a nobles empresas nobles ocios. Pero todas estas ventajas de la guerra penden de una condición indispensable, a saber, que la guerra sea el resultado natural de la situación y del espíritu nacional de los pueblos.

Pues yo no hablo aquí de una nación atacada y que defiende su independencia. [...] Porque entonces no se trata de la guerra propiamente dicha, se trata de la defensa legítima, es decir del patriotismo, del amor a la justicia, de todos los afectos nobles y sagrados.

DEL CARACTER DE LAS NACIONES MODERNAS EN LO RELATIVO A LA GUERRA (Cap. II)

Los pueblos guerreros de la antigüedad debían en su mayor parte a

su situación su espíritu belicoso. Divididos en pequeñas estirpes, se disputaban con las armas en la mano un territorio reducido. Empujados unos contra otros por la necesidad, combatían o se amenazaban sin cesar. Los que no querían ser conquistadores no podían, sin embargo, deponer la espada so pena de ser conquistados. Todos compraban su seguridad, su independencia, su existencia toda, al precio de la guerra.

El mundo de hoy es precisamente, a este respecto, lo opuesto al mundo antiguo.

Mientras que en otros tiempos cada pueblo constituía una familia aislada, enemiga nata de las demás familias, existe ahora una masa de hombres, bajo diferentes nombres y diversos modos de organización social, pero homogénea en cuanto a su naturaleza. Esta masa es suficientemente fuerte para no tener nada que temer de las hordas todavía bárbaras. Es suficientemente civilizada para que la guerra le resulte una carga. Su tendencia uniforme es hacia la paz. La tradición belicosa, herencia de remotos tiempos, y sobre todo los errores de los gobiernos, retrasan los efectos de esta tendencia; a pesar de lo cual, va progresando a diario. Los jefes de los pueblos le rinden homenaje, pues evitan confesar abiertamente el amor a las conquistas o la esperanza de una gloria fundada únicamente en las armas. [...]

Un gobierno que hablase de la gloria militar como fin, desconocería o menospreciaría el espíritu de las naciones y el de la época. Se equivocaría en un millar de años; y aun en el supuesto de que inicialmente tuviese éxito, sería curioso ver quien, de nuestro siglo o de este gobierno, ganara esa extraña apuesta.

Hemos llegado a la época del comercio, época que necesariamente ha de sustituir a la de la guerra, como la de la guerra hubo necesariamente de precederle.

La guerra y el comercio no son sino dos medios distintos de llegar a la

misma meta, o sea, la de poseer lo que se desea. El comercio no es otra cosa que un homenaje tributado a la fuerza del poseedor por quien aspira a la posesión. Es un intento de obtener de buen grado lo que ya no se espera alcanzar mediante la violencia. [...]

La guerra es, pues, anterior al comercio. Una es el impulso salvaje, el otro, el cálculo civilizado. Es obvio que cuanto más predomine la tendencia comercial, tanto más habrá de debilitarse la tendencia guerrera.

La finalidad única de las naciones modernas es el sosiego y con el sosiego, la vida holgada, y como fuente de la vida holgada, la industria. La guerra es cada día un medio más ineficaz para alcanzar esta meta. Sus oportunidades no ofrecen ya ni a los individuos ni a las naciones beneficios que igualen los resultados del trabajo pacífico y de los intercambios regulares. [...]

El comercio ha alterado la naturaleza misma de la guerra. Las naciones mercantiles, antes, eran siempre sojuzgadas por los pueblos guerreros. Hoy, les ofrecen resistencia con ventaja. Tienen auxiliares en el propio seno de estos mismos pueblos. Las infinitas y complicadas ramificaciones del comercio han colocado el interés de las sociedades fuera de los límites de su territorio; y el espíritu del siglo prevalece sobre el espíritu estrecho y hostil que muchos quisieran adornar con el nombre de patriotismo.

La nueva manera de combatir, la transformación de las armas, la artillería, han despojado la vida militar de lo que en ella era más atractivo. No hay ya lucha contra el peligro; sólo hay ya fatalidad. El coraje ha de impregnarse de resignación o identificarse con la indiferencia. No se disfruta ya aquella fruición de voluntad, de acción, de despliegue de las fuerzas físicas y de las facultades morales, por virtud de la cual los héroes antiguos, los caballeros de la edad

media, gustaban de los combates cuerpo a cuerpo.

La guerra ha perdido de esta suerte su encanto, como ha perdido su utilidad. [...]

OTRA CAUSA DE MENOSCABO PARA LA CLASE MILITAR EN EL SISTEMA DE CONQUISTA (Cap. V)

Con frecuencia se ha observado que los jugadores eran los hombres más inmorales. Ello es así porque arriesgan cada día todo cuanto poseen; no hay para ellos porvenir asegurado; viven y se agitan bajo el imperio del azar.

En el sistema de conquista, el soldado se transforma en jugador, con la diferencia de que su apuesta es su vida. Pero esta apuesta, no puede ya retirarla. La expone sin cesar y sin término a una suerte que pronto o tarde será adversa. Por consiguiente, tampoco para él hay porvenir. El azar es también su dueño ciego e im- placable.

Pues bien, la moral necesita el tiempo. En él sitúa sus resarcimientos y sus premios. Para quien vive de minuto en minuto o de batalla en batalla, el tiempo no existe. Los resarcimientos del porvenir se vuelven quiméricos. Sólo el placer del momento posee alguna certidumbre: y, para servirme de una expresión que aquí conviene en un doble sentido, cada goce es un tanto ganado frente al enemigo. ¿Quién no advierte que la costumbre de esta lotería de placer y de muerte es por necesidad corruptora?

Observad la diferencia que siempre existe entre la defensa legítima y el sistema de conquistas. Esta diferencia reaparecerá una y otra vez. El soldado que lucha por su patria sólo atraviesa el peligro. Su perspectiva ulterior es el reposo, la libertad, la gloria. Tiene por consiguiente un porvenir; y su moralidad, lejos de deprimirse, se enaltece y dilata. Mas el instrumento de un conquistador in-

saciable ve tras una guerra otra guerra, tras un país devastado otro país también por devastar; es decir, tras el azar, otra vez el azar.

INFLUJO DE ESTE ESPIRITU MILITAR SOBRE EL ESTADO INTERIOR DE LOS PUEBLOS (Cap. VI)

Un espíritu de cuerpo exclusivo y hostil se apodera siempre de aquellas asociaciones cuya finalidad difiere de la de los demás hombres. [...] En todas partes, los hombres reunidos en cuerpos de ejército se separan de la nación. Contraen hacia el uso de la fuerza, de la que son depositarios, una especie de respeto. [...]

De ahí que no resulte indiferente crear en un país, mediante un sistema de guerras prolongadas o sin cesar renovadas, una masa numerosa exclusivamente imbuída del espíritu militar. Porque tal inconveniente no puede quedar restringido dentro de ciertos límites, susceptibles de atenuar su alcance. El ejército, distinto del pueblo por su espíritu, se confunde con él en la administración de los asuntos.

Un gobierno conquistador está más interesado que cualquier otro en recompensar mediante poder y honores a sus instrumentos inmediatos. No cabe que los mantenga en un campo atrincherado; antes bien, tiene que concederles faustos y dignidades cíviles.

[Mas no cambiará con ello la mentalidad ya adquirida.] La clase desarmada es a sus ojos un vulgo innoble; las leyes, inútiles sutilezas; las formas, insoportables lentitudes. Así en las transacciones como en los hechos bélicos, estiman por encima de todo la rapidez de las evoluciones. La unanimidad les parece necesaria en las opiniones, como el mismo uniforme en las tropas. La oposición viene a ser para ellos un desorden; el razonamiento, una rebeldía; los tribunales, consejos de guerra; los jueces, soldados con su consigna; los

acusados, enemigos; los juicios, batallas.

Esto no es una exageración fantástica. ¿No hemos visto, a lo largo de los últimos veinte años, introducirse en casi toda Europa una justicia militar, cuyo primer principio era abreviar las formas, como si toda abreviación de las formas no fuese el más irritante de los sofismas: porque si las formas son inútiles, han de prescindir de ellas todos los tribunales: si son necesarias, han de respetarlas todos: y desde luego, cuanto más grave sea la acusación, menos superfluo es el examen. [...]

OTRO INCONVENIENTE DE LA FORMACION DE TAL ESPIRITU MILITAR (Cap. VII)

Por último, y en virtud de una triste reacción, aquella porción del pueblo que el gobierno habría obligado a contraer el espíritu militar, constreñiría a su vez al gobierno a que persistiese en el sistema para el cual con tanto cuidado la habría formado

Un ejército numeroso, ufano de sus éxitos, acostumbrado al pillaje, no es un instrumento al que sea fácil manejar. No hablamos tan sólo de los peligros con que amenaza a los pueblos que tienen constituciones populares. La historia rebosa de ejemplos que no es preciso citar.

Pero los gobiernos absolutos no tienen menos que temer de esta fuerza siempre amenazadora. Si terrible es contra los extranjeros y contra el pueblo en nombre de su jefe, puede a cada instante llegar a ser terrible para este jefe mismo. [...]

Es preciso, pues, dar ocupación a este ejército, inquieto en su temible ociosidad: es preciso mantenerle alejado: es preciso encontrarle adversarios. El sistema guerrero, independientemente de las guerras presentes, encierra el germen de las guerras futuras: y el soberano que una vez emprendió esta vía, arrastrado como

está por la fatalidad que suscitara, no puede volver a ser pacífico en momento alguno.

ACCION DE UN GOBIERNO CONQUISTADOR SOBRE LA MASA DE LA NACION (Cap. VIII)

Cuando un pueblo es naturalmente belicoso, la autoridad que le domina no tiene necesidad de engañarle para arrastrarle a la guerra. [...] Pero en nuestros días, como quiera que la guerra no procura a los pueblos ventaja alguna y sólo es para ellos fuente de privaciones y de sufrimientos, la apología del sistema de las conquistas tendría que descansar únicamente en el sofisma y la impostura.

Mientras por un lado se entregase a sus gigantescos proyectos, el gobierno no se atrevería a decirle a su nación: "Vayamos a la conquista del mundo". La nación le contestaría con voz unánime: "No queremos la conquista del mundo".

Pero hablaría de la independencia nacional, del honor nacional, del redondeo de las fronteras, de los intereses comerciales, de las precauciones dictadas por la previsión; ¿qué sé yo de qué todavía? Pues el vocabulario de la hipocresía y de la injusticia es realmente inagotable.

Hablaría de la independencia nacional, como si la independencia de una nación estuviera amenazada por el hecho de que otras naciones sean independientes.

Hablaría del honor nacional, como si el honor nacional se viese herido por el hecho de que otras naciones conserven su honor.

Alegaría la necesidad de redondear las fronteras, como si esta doctrina, una vez admitida, no expulsase de la tierra todo sosiego y toda equidad. Porque si un gobierno quiere redondear sus fronteras, es siempre hacia fuera. Ninguno sacrificó, que sepamos, una porción de su territorio para dar al resto una mayor re-

gularidad geométrica. Así, pues, el redondear las fronteras es un sistema cuya base se destruye por sí misma, y cuya ejecución, por cuanto se basa exclusivamente en el despojo de los más débiles, hace ilegítima la posesión de los más fuertes.

Este gobierno invocaría los intereses del comercio, como si fuese un servicio al comercio despoblar a un país de su juventud más floreciente, arrancar los brazos más necesarios a la agricultura, a las manufacturas, a la industria, levantar entre los demás pueblos y uno mismo barreras regadas con sangre. El comercio se apoya en la buena inteligencia de las naciones entre sí: sostiénese únicamente con la justicia: se funda en la igualdad, prospera en el sosiego: ¡y en interés del comercio tendría un gobierno que encender sin cesar una y otra vez guerras encarnizadas, atraer sobre la cabeza de su pueblo un odio universal, ir de injusticia en injusticia, conmovier todos los días el crédito con violencias, negarse a tolerar a iguales!

Bajo el pretexto de las precauciones dictadas por la previsión, este gobierno atacaría a sus más inmediatos vecinos, a sus más humildes aliados, atribuyéndoles proyectos hostiles, y como anticipándose a agresiones meditadas. Si los desgraciados objetos de sus calumnias fuesen fácilmente subyugados, se vanagloriaría de haberse adelantado a sus designios; si hubiesen tenido tiempo y fuerza para resistírsele, exclamaría: "Lo ven ustedes, querían la guerra, puesto que se defienden".

No se crea que esta conducta sea el resultado accidental de una especial perversidad: sería el resultado necesario de la posición [adoptada]. Cualquier autoridad que hoy quisiera emprender dilatadas conquistas, estaría condenada a esta serie de pretextos vanos y de escandalosas mentiras. Sería ciertamente culpable, y no trataremos de disminuir su crimen; pero este crimen no consistiría en los medios empleados: consistiría en la

elección voluntaria de la situación que impone semejantes medios.

La autoridad tendría pues que llevar a cabo, sobre las facultades intelectuales de la masa de sus súbditos, la misma labor que sobre las cualidades morales de la parte militar. Habría de esforzarse en eliminar toda lógica de la mente de unos, del mismo modo que habría intentado ahogar toda humanidad en el corazón de los otros: todas las palabras perderían su sentido. La de moderación presagiaría la violencia: la de justicia anunciaría la iniquidad. El derecho de las naciones se convertiría en un código de expropiación y de barbarie: cuantas nociones han sido introducidas por las luces de varios siglos en las relaciones de las sociedades, así como en las de los individuos, quedarían de nuevo eliminadas. El género humano retrocedería hacia aquellos tiempos de devastación que nos parecían ser el oprobio de la historia. La única diferencia estaría en la hipocresía: y esta hipocresía sería tanto más corruptora, cuanto que nadie creería en ella. Pues las mentiras de la autoridad no son tan sólo funestas cuando desorientan y engañan a los pueblos; no lo son menos cuando no los engañan.

Súbditos que sospechan en sus dueños la duplicidad y la perfidia, se ven impulsados a la perfidia y la duplicidad. [...]

OTROS INCONVENIENTES DEL SISTEMA BELICO PARA LAS LUCES Y LA CLASE INSTRUIDA (Cap. X)

En ciertos períodos de la vida, las interrupciones en el ejercicio de las facultades intelectuales no se subsanan. Las azarosas costumbres, desocupadas y groseras, del estado guerrero, la súbita ruptura de todas las relaciones domésticas, una dependencia mecánica, cuando el enemigo no está presente, una independencia plena en cuanto a las costumbres, en

la edad en que las pasiones se encuentran en su fermentación más activa, no son cosas indiferentes para la moral o para las luces. [...]

Entregar al oficio de soldado al hijo del comerciante, del artista, del magistrado, al joven que se consagra a las letras, a las ciencias, al ejercicio de alguna industria difícil y complicada, equivale a despojarle de todo el fruto de su educación anterior. Esta educación misma se resentirá de la perspectiva de una inevitable interrupción. Si los brillantes ensueños de la gloria militar embriagan la imaginación de la juventud, desdeñará ésta estudios apacibles, un trabajo de atención, contrario a sus gustos y a la movilidad de sus nacientes facultades. Si con dolor se ve arrancada de sus hogares, si calcula cuánto retraso en sus progresos traerá el sacrificio de varios años, desesperará de sí misma: no querrá consumirse en esfuerzos cuyo fruto le quitaría una mano de hierro. [...] La nación caerá así en una degradación moral y en unas ignorancias siempre crecientes. [...]

Todos nuestros razonamientos, sin duda alguna, son aplicables tan sólo cuando se trata de guerras inútiles y gratuitas. Ninguna consideración puede contrarrestar la necesidad de rechazar a un agresor. Entonces han de concurrir todas las clases, puesto que todas están amenazadas por igual. Mas, no siendo su motivo un vil pillaje, no se corrompen. Apoyándose su celo en la convicción, resulta superflua la coerción. La interrupción que experimentan las ocupaciones sociales, motivada como está por las obligaciones más sagradas y los intereses más entrañables, no tiene los mismos efectos que interrupciones arbitrarias. [...]

Pero una cosa es defender su patria, y otra, atacar a pueblos que también tienen una patria que defender. El espíritu de conquista trata de confundir ambas ideas. Cuando ciertos gobiernos envían sus legiones de un polo a otro, hablan todavía de la

defensa de sus hogares; diríase que llaman hogares suyos a todos los sitios donde levantaron hogueras.

PUNTO DE VISTA DESDE EL CUAL UNA NACION CONQUISTADORA CONSIDERARÍA HOY SUS PROPIAS CONQUISTAS (Cap. XI)

Pasemos ahora a los resultados exteriores del sistema de las conquistas.

Es probable que la misma disposición de los modernos, que hace que prefieran la paz a la guerra, daría al principio grandes ventajas al pueblo obligado por su gobierno a convertirse en agresor. Naciones absorbidas en sus goces, serían lentas en resistir: abandonarían parte de sus derechos para conservar el resto: esperarían salvar su sosiego, transigiendo con su libertad. [...]

[Mas, ¿experimentaría la nación conquistadora una satisfacción por lo menos de amor propio?]

Nada de eso. Tal es en la actualidad la repugnancia por las conquistas, que cada cual sentiría la imperiosa necesidad de disculparse por ellas. Habría una protesta universal, que no sería menos enérgica por ser muda. El gobierno vería la masa de sus súbditos mantenerse apartada, espectadora sombría. No se oiría en todo el imperio sino un largo monólogo del poder. A lo sumo, sería este monólogo de vez en cuando diálogo, porque interlocutores serviles repetirían al amo los discursos por él mismo dictados. Pero los gobernados dejarían de prestar oídos a fastidiosas arengas, a las que nunca tendrían la autorización de interrumpir. [...]

Se extrañan muchos de que las empresas más maravillosas no produzcan hoy sensación alguna. Es la razón, que el buen sentido de los pueblos les advierte que estas cosas no se hacen para ellos. Puesto que únicamente los jefes encuentran en ello placer, se les carga el premio sólo a ellos. El interés por las victorias se concentra en la autoridad y

quienes son hechura suya. Levántase una barrera moral entre el poder agitado y la multitud inmóvil. El éxito no es más que un meteoro que nada vivifica a su paso. Apenas si se levanta la cabeza para contemplarlo un instante. A veces causa, incluso, pesar, como un estímulo dado al delirio. Se vierten lágrimas sobre las víctimas, pero se desean fracasos.

En los tiempos belicosos, lo que más se admiraba era el genio militar. En nuestros tiempos pacíficos, lo que se implora es la moderación y la justicia. [...]

EFFECTOS DE ESTOS EXITOS SOBRE LOS PUEBLOS CONQUISTADOS (Cap. XII)

La conquista, entre los antiguos, destruía muchas veces naciones enteras; pero cuando no las destruía, dejaba intactos todos aquellos objetos a los que los hombres se sienten más íntimamente apegados, sus costumbres, sus leyes, sus usos, sus dioses. No ocurre lo mismo en los tiempos modernos. La vanidad de la civilización es mucho más pesada que el orgullo de la barbarie. Este ve en masa: aquélla examina con inquietud y en detalle.

Los conquistadores de nuestros días, pueblos o príncipes, quieren que su imperio no presente sino una superficie lisa, sobre la que el soberbio ojo del poder se pasee, sin tropezar con desigualdad alguna que le hiera o limite su vista. El mismo código, las mismas medidas, los mismos reglamentos y, si es posible llegar a ello, gradualmente la misma lengua, he aquí lo que se ensalza como perfección de toda organización social. La religión constituye una excepción; acaso porque se la desprece, considerándola como un error gastado al que hay que dejar morir en paz. Mas esta excepción es la única, y en compensación se separa en lo que cabe a la religión de los intereses de la tierra.

Con respecto a todo lo demás, la gran palabra, hoy, es la uniformidad. [...]

De ello resulta que los vencidos, después de las calamidades que han aguantado en sus derrotas, tienen que padecer un nuevo género de desgracias. Fueron primero víctimas de una quimera de gloria, son víctimas luego de una quimera de uniformidad.

DE LA UNIFORMIDAD (Cap. XIII)

No deja de ser llamativo que la uniformidad no haya encontrado nunca mayor aceptación que en una revolución hecha en nombre de los derechos y de la libertad de los hombres. El espíritu sistemático quedó primero embelesado por la simetría. El amor al poder descubrió pronto cuán inmensa ventaja le procuraba esta simetría. Siendo así que el patriotismo sólo existe por obra de un intenso apego a los intereses, a las costumbres, a los usos de una localidad, nuestros sedicentes patriotas declararon la guerra a todas estas cosas. Secaron esta fuente natural del patriotismo, y han querido sustituirla por una pasión facticia hacia un ser abstracto, una idea general, despojada de todo cuanto despierta la imaginación y de todo cuanto habla a la memoria. Para construir el edificio comenzaban por triturar y reducir a polvo los materiales que habían de emplear. Poco faltó para que no designasen con cifras las ciudades y las provincias, como designaban con cifras las legiones y los cuerpos de ejército, ¡tal parecía ser su temor de que una idea moral pudiera conectarse con lo que instituían!

El despotismo, que sustituyó a la demagogia, constituyéndose en legatario del fruto de todos sus empeños, ha proseguido muy hábilmente en la ruta así trazada. Los dos extremos se han encontrado de acuerdo en este punto, porque, en el fondo, había en los dos extremos voluntad de tiranía. Los intereses y recuerdos que nacen

de las costumbres locales encierran un germen de resistencia que la autoridad sólo tolera a disgusto y que se apresura a desarraigar. Le resulta más fácil imponerse a los individuos: hace rodar sobre ellos sin esfuerzo su enorme peso como sobre arena.

“Mas cada generación —dice uno de los extranjeros que mejor previó nuestros errores desde el principio— cada generación hereda de sus antepasados un tesoro de riquezas morales, tesoro invisible y precioso que transmite a sus descendientes”. La pérdida de este tesoro es para un pueblo un mal incalculable. Despojándole de él, le quitáis todo sentimiento de su valor y de su dignidad propia. Aun dando por supuesto que lo que en su lugar ponéis valga más, puesto que aquello que le arrancais era para él respetable, y que le imponéis vuestra mejora con la fuerza, el resultado de vuestra operación es, ni más ni menos, hacerle cometer un acto de cobardía que le envilece y le desmoraliza.

La bondad de las leyes (atrevámonos a decirlo) es algo mucho menos importante que el espíritu según el cual una nación se somete a sus leyes y las acata. Si siente cariño hacia ellas, si las observa porque le parecen dimanar de una fuente sagrada, el don de las generaciones cuyos manes venera, entroncan íntimamente con su moralidad, ennobleciendo su carácter: y aun siendo defectuosas, producen más virtudes, y por ende más felicidad, que leyes mejores que sólo hallen apoyo en la autoridad.

Independientemente de estas consideraciones, y separando la felicidad de la moral, observad que el hombre se inclina ante las instituciones que ya encuentra establecidas como ante reglas de la naturaleza física. Ordena, según los defectos mismos de dichas instituciones, sus intereses, sus especulaciones, todo su plan de vida. Estos defectos se suavizan porque siempre que una institución dura mucho tiempo, hay transacción entre ella y los

intereses del hombre. Sus relaciones, sus esperanzas se agrupan en torno a lo que existe. Cambiar todo eso, incluso para lo mejor, es hacerle daño.

Nada más absurdo que violentar las costumbres bajo el pretexto de servir los intereses. El primero de los intereses consiste en ser feliz, y las costumbres constituyen una parte esencial de la felicidad.

Es evidente que pueblos colocados en situaciones diferentes, educados en costumbres diferentes y que viven en lugares diferentes, no pueden ser reducidos a formas, a usos, a prácticas, a leyes absolutamente semejantes, sin una coerción que les cuesta mucho más de lo que les vale. [...]

Incluso en los estados constituídos desde hace largo tiempo, y cuyo amalgama perdió ya lo odioso de la violencia y de la conquista, vemos cómo el patriotismo que nace de las variedades locales, única clase de verdadero patriotismo, renace como de sus cenizas en cuanto la mano del poder aligera por un instante su acción...

El apego a las costumbres locales participa de todos los sentimientos desinteresados, nobles y piadosos. ¡Cuán deplorable es la política que lo convirtió en rebelión! ¿Qué es lo que ocurre? Que en todos los estados donde se destruye de esta suerte toda vida parcial, se forma en el centro un pequeño estado: en la capital se aglomeran todos los intereses: allí van a agitarse todas las ambiciones. el resto es inmóvil. Los individuos, perdidos en un aislamiento contra naturaleza, extraños al lugar de su nacimiento, sin contacto con el pasado, viviendo únicamente en un presente rápido, y arrojados como átomos sobre una llanura inmensa y nivelada, se desvinculan de una patria a la que no ven por ninguna parte, y cuyo conjunto se les hace indiferente, ya que su afecto no puede descansar en alguna de sus partes.

La variedad es organización: la uniformidad es mecanismo. La variedad es la vida: la uniformidad es la muerte.

La conquista ofrece, pues, hoy una desventaja adicional, que en la antigüedad no tenía. Persigue a los vencidos en el interior de su existencia. Los mutila, para reducirlos a una proporción uniforme. Exigían antaño los conquistadores que los diputados de las naciones conquistadas se arrodillasen en su presencia. Hoy se pretende doblegar la moral del hombre.

Se habla sin cesar del gran imperio, de la nación toda, nociones abstractas, carentes de toda realidad. El gran imperio no es nada, si se le concibe disociado de las provincias. La nación toda no es nada, si se la separa de las fracciones que la componen. Sólo defendiendo los derechos de las fracciones se defienden los derechos de la nación toda: pues ésta se halla repartida en cada una de sus fracciones. Si despojamos a las fracciones sucesivamente de lo que tienen de más entrañable, si cada una, aislada para ser víctima, vuelve a convertirse, por obra de una extraña metamorfosis, en una porción del gran todo, para servir de pretexto al sacrificio de otra porción, inmolamos al ser abstracto los seres reales; ofrecemos al pueblo en masa el holocausto del pueblo en detalle.

No hemos de ocultárnoslo: los grandes estados ofrecen grandes desventajas. Parten las leyes de un lugar tan alejado de aquellos donde han de aplicarse, que graves y frecuentes errores son el efecto inevitable de dicho alejamiento. El gobierno toma la opinión de su contorno, o cuando más del lugar de su residencia, por la de todo el imperio. Una circunstancia local o momentánea se convierte en motivo de una ley general. Los habitantes de las provincias más apartadas quedan sorprendidos de pronto por innovaciones inesperadas, rigores no merecidos, reglamentos vejatorios que trastornan todas las bases de sus cálculos y todas las salvaguardias de sus intereses, porque a doscientas leguas de distancia unos hombres, totalmente ajenos a ellos, creyeron percibir algún peligro, sospechar al-

guna agitación o entrever alguna utilidad.

[Aun echando de menos el autor épocas anteriores, en las que sólo existían comunidades a una escala proporcionada a las fuerzas humanas, reconoce que no pueden volver.] Por lo menos, [...] nunca repetiremos demasiado a los dueños de la tierra que dejen subsistir en sus dilatados imperios las diversidades que en ellos caben, las diversidades que exige la naturaleza, que consagró la experiencia. Una regla se falsea, cuando se aplica a casos excesivamente diversos: el yugo llega a ser pesado por el mero hecho de que se le mantenga uniforme en circunstancias harto diferentes.

Añadamos que en el sistema de las conquistas esta manía de uniformidad reacciona de los vencidos sobre los vencedores. Todos pierden su carácter nacional, sus colores primitivos: el conjunto ya no es más que una masa inerte, que a intervalos se despierta para sufrir, pero que en lo demás se derrumba y entumece bajo el despotismo. Pues sólo el exceso del despotismo puede prolongar una combinación que tiende a disolverse, y conservar bajo una misma dominación estados que todo contribuye a separar. [...]

Y eso que tal remedio, más fastidioso que el mal, no es de eficacia duradera. El orden natural de las cosas se venga de las injurias que pretendamos hacerle, y cuanto mayor haya sido la compresión, tanto más terrible resulta la reacción.

INEVITABLE FINAL DE LOS EXITOS DE UNA NACION CONQUISTADORA (Cap. XIV)

La fuerza que un pueblo necesita para mantener a todos los demás bajo su dominación, es hoy, más que nunca, un privilegio que no puede durar. La nación que tal imperio pretendiese, se colocaría en un puesto más peligroso que la población más débil. Se convertiría en objeto de horror universal. La amenazarían todos

los pareceres, todos los votos, todos los odios, y estos odios, estos pareceres y estos votos estallarían, antes o después, para envolverla.

Habría, sin duda alguna, en dicho furor contra todo un pueblo, cierta injusticia. Un pueblo todo no es nunca culpable de los excesos que su jefe le hace cometer. Este jefe es quien le extravía, o, con mayor frecuencia aún, le domina sin extrañarle.

Pero las naciones, víctimas de su deplorable obediencia, no tendrían por qué darse por enteradas de sentimientos ocultos que su conducta desmiente. Reprochan a los instrumentos el crimen de la mano que les dirige. [...]

[El mundo acabaría recobrándose y reaccionando, sin que el conquistador encontrase defensor alguno.]

Todos se coaligarían contra él. La paz, la independencia, la justicia, serían las palabras de la conjunción general: y por la simple razón de que dichas palabras habrían permanecido largo tiempo proscritas, habrían alcanzado un poder casi mágico. [...]

Vería entonces el conquistador que presumió demasiado de la degradación del mundo. Aprendería que los cálculos fundados en la inmoralidad y la bajeza, aquellos cálculos de los que antaño se vanagloriara como de un descubrimiento sublime, son tan inciertos como estrechos, tan engañosos como innobles. [...] Descubre ahora que también el egoísmo tiene su bobería, y no es menos ignorante de lo que es bueno, que la honestidad, de lo que es malo; y que para conocer a los hombres, no basta despreciarlos. La especie humana se le convierte en enigma. Hablan a su alrededor de generosidad, de sacrificios, de abnegación. Esta lengua extraña asombra sus oídos: no sabe negociar en este idioma. Permanece inmóvil, consternado ante su error, ejemplo memorable del maquiavelismo, juguete de su propia corrupción.

[¿Qué haría entre tanto el pueblo,

llevado a este final por su ambicioso dueño?]

Interrogaría sucesivamente a su jefe y a su conciencia.

Su conciencia le contestaría que no basta pretender haber sido constreñido para ser excusable, que no es suficiente separar sus opiniones de sus actos, desautorizar su propia conducta y murmurar la reprensión mientras se coopera en los atentados.

Su jefe acusaría probablemente los avatares de la guerra, la inconstante fortuna, el destino caprichoso. [...]

RESULTADOS DEL SISTEMA GUERRERO EN LA EPOCA ACTUAL (Cap. XV)

Las naciones mercantiles de Europa, laboriosas, civilizadas, colocadas sobre un suelo suficientemente amplio para sus necesidades, y que tienen con los demás pueblos relaciones cuya interrupción llega a ser un desastre, nada tienen que esperar de las conquistas. Una guerra inútil es hoy, pues, el mayor atentado que un gobierno pueda cometer. Tal guerra conmueve, sin compensación, todas las garantías sociales. Pone en peligro todos los gérmenes de libertad, hiere todos los intereses, trastorna todas las seguridades, pesa sobre todas las fortunas, combina y autoriza todos los modos de tiranía interior y exterior. Introduce en las formas judiciales una rapidez destructora de su santidad, como de su finalidad: tiende a presentar como cómplices del enemigo extranjero a cuantos la autoridad ve con malevolencia: deprava a las generaciones nacientes: divide al pueblo en dos partes, una de las cuales desprecia a la otra, y de buena gana pasa del desprecio a la injusticia: prepara destrucciones futuras con destrucciones pasadas: compra con las desgracias del presente las desgracias del futuro.

Nota y traducción de
ANTONIO TRUYOL Y SERRA